

LA EPOPEYA DEL DUELO.
ALFONSO REYES, EL ENSAYO
Y LA HISTORIA

Rafael Rojas

Las relaciones entre ensayistas e historiadores han sido siempre turbulentas. La historiografía académica, inscrita en el campo de las ciencias sociales, sobre todo aquella que se ha mantenido reacia al giro narrativo propuesto a fines del siglo xx por Lawrence Stone, Hayden White, Frank Ankersmit y otros teóricos de la historia, desprecia el ensayo. Por su parte, los escritores o críticos ensayistas, especialmente los que practican formas artísticas de la escritura, como la novela o la poesía, rechazan mayoritariamente a las ciencias sociales y, dentro de éstas, a la historia. Son, por lo general, más hospitalarios con la filosofía que con la historia.

El caso de Paul Valéry, cuestionado por Sigfried Kracauer, sería uno de los más emblemáticos. Comenta Kracauer en *Historia. Las últimas cosas antes de las últimas* (1995), que Valéry rechazaba la historia tanto como admiraba las ciencias naturales.¹ Lo que molestaba a Valéry, como luego a José Lezama Lima, era la rígida causalidad que los historiadores aplicaban a la interpretación de los sucesos del pasado. Según el poeta francés, era esa lógica hereditaria o genética, disfrazada de causalidad, en la que cada acontecimiento es hijo de otro o

¹ Sigfried Kracauer, *Historia. Las últimas cosas antes de las últimas*, Buenos Aires, Las Cuarenta, 2010, p. 213.

muchos otros acontecimientos, la que la hacía difícilmente asimilable desde la literatura. Prefería Valéry leer historias especializadas —de la arquitectura, la geometría, la navegación, la danza o la táctica—, antes que esas historias generales que intentan poner “a todos los huérfanos al cuidado de sus padres”.²

Kracauer, naturalmente, defendía la disciplina echando mano de la crítica de Hans Blumenberg a la idea del progreso como escatología.³ La multiplicidad de causas y orígenes de los eventos históricos no podía ocultarse porque de ella dependía la intervención del azar o de lo incondicionado que tanto interesaba a los poetas. Lo que observaba Kracauer era que en la crítica de la causalidad múltiple de Valéry o en su defensa de lo contrafactual subyacía una protesta contra el hecho de que la historia moderna no fuera plenamente escatológica y unilateral, basada en la relación binaria entre una causa y un efecto. Dicho de otra manera, Valéry, en nombre de la poesía o la literatura, demandaba a la historia la racionalidad positivista de las ciencias naturales y exactas. Ponía su oído en el rugido del cauce del Nilo y no en el remanso de las orillas.

Algo parecido objetó Carlo Ginzburg al teórico y crítico literario Erich Auerbach, quien en su influyente obra *Mimesis* (1942) cuestionaba un pasaje de la novela *Rojo y negro* de Stendhal porque se hablaba del aburrimiento de los salones y tertulias parisinos sin contextualizar que aquel tedio era producto de la crisis de la sociedad francesa antes de la Revolución de Julio de 1830.⁴ El historiador Ginzburg enmienda al crítico literario Auerbach, quien, a su vez, reitera la demanda de contextualización, típica de la historiografía positivista profesional, con el argumento de que Stendhal estaba en lo cierto. Los salones y tertulias parisinos eran

² *Idem.*

³ *Ibid.*, p. 214.

⁴ Carlo Ginzburg, *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio*, México, FCE, 2010, pp. 247-248.

tediosos en los siglos XVII y XVIII, antes y después de la Monarquía de Julio de Luis Felipe de Orleans.

Reproches similares a la historia y los historiadores se leen en muchos escritores latinoamericanos. Sin embargo, en algunos de los mayores prosistas del continente, como Jorge Luis Borges o José Lezama Lima, el ensayo es inconcebible sin el diálogo con la historia y los historiadores. Daniel Balderston lo ha estudiado para el caso de Borges y Sergio Ugalde Quintana para el caso de Lezama.⁵ La lectura que el primero hizo de Carlyle y Macauley fue fundamental para su apropiación de toda la tradición intelectual inglesa. Algunos de los mejores momentos de la ensayística de Lezama, especialmente en *La expresión americana*, tienen como trasfondo la familiaridad y el debate que el cubano estableció con la obra de historiadores de las civilizaciones y morfólogos de las culturas como Oswald Spengler y Arnold Toynbee.

Otro caso ejemplar de diálogo entre ensayo e historia en Hispanoamérica sería el de Alfonso Reyes. Más que en Borges o en Lezama, la historia ocupa un lugar central no sólo en la ensayística de Reyes sino en su propia práctica de la teoría y la crítica literarias. La historia y los historiadores están presentes en los mayores escritos de Reyes sobre América y México, *Visión de Anáhuac* (1915), *México en una nuez* (1930) o *Pasado inmediato* (1930), por ejemplo, pero también en sus estudios helénicos y sobre literatura, retórica, crítica y filosofía antiguas, en sus ensayos sobre la Nueva España e, incluso, en *El deslinde. Apuntes para la teoría literaria* (1963), su más ambicioso ejercicio de teorización estética.⁶

⁵ Daniel Balderston, *Out of Context. Historical Reference and the Representation of Reality in Borges*, Duke University Press, 1993, pp. 1-17; Sergio Ugalde Quintana, *La biblioteca en la isla. Una lectura de "La expresión americana"*, Madrid, Colibrí, 2011, pp. 54-65.

⁶ Existen algunas aproximaciones a la idea de la historia en Reyes, pero creo que ninguna definitiva. Ver, por ejemplo, Alfonso Rangel Guerra, "Alfonso

UNA IDEA DE LA HISTORIA

Como Paul Valéry, Alfonso Reyes dejó escrita una “idea de la Historia”, originalmente concebida como una conferencia pronunciada en el Primer Congreso de Historiadores de México y Estados Unidos, celebrado en Monterrey en 1949. Allí Reyes recurría a la clásica distinción entre Historia con mayúscula e historia con minúscula para sugerir que su contacto con la primera tenía que ver con su nacimiento, en Monterrey, sesenta años atrás, mientras que la segunda estaba relacionada con la aparición de los primeros indicios de un concepto de pasado, que asoció con la lectura de las famosas coplas de Jorge Manrique a la muerte de su padre: “cómo, a nuestro parecer/ cualquiera tiempo pasado/ fue mejor”.⁷ Es interesante que Reyes fechara de esa manera el origen de una idea de lo histórico en la formación de su vasta cultura, ya que en su biografía personal, la más dramática irrupción de la historia y, específicamente, de la historia mexicana, tuvo que ver con la muerte de su padre, Bernardo Reyes, en febrero de 1913, en pleno Zócalo de la ciudad de México, mientras intentaba derrocar el gobierno revolucionario de Francisco I. Madero.

En varios momentos de su obra poética o ensayística de madurez, Reyes, diplomático y funcionario cultural del México post-revolucionario, se refirió a la muerte de su padre, quien había sido Secretario de Defensa del régimen de Porfirio Díaz, gobernador del estado de Nuevo León y, finalmente, caudillo contrarrevolucionario, como un trauma. Los textos que Reyes dedicó a aquel suceso poseen toda la

Reyes y su idea de la historia”, *Sobretiro de la Revista Universidad* (Monterrey), núm. 14-15 (1957) y Juan Roberto Zavala, *La Historia en Alfonso Reyes*, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León, 1978.

⁷ Alfonso Reyes, “Mi idea de la Historia”, en Javier Garcíadiego, ed., *Alfonso Reyes, “un hijo menor de la palabra”*. *Antología*, México, FCE, 2015, pp. 713-714.

estructura estilística y sentimental del duelo. En “Oración del 9 de febrero”, una prosa escrita en 1930, mientras se desempeñaba como representante diplomático en Buenos Aires, el escritor desafiaba el tópico de las letras y las armas retratando a su padre como un “soldado y gobernante” que leía con entusiasmo los *Cantos de vida y esperanza* de Rubén Darío.⁸

Más adelante, describiendo la evolución de su firma, Reyes, como historiador de su propia familia, menciona algunos de los títulos de la biblioteca de su padre: las *Obras poéticas* de Espronceda, un ejemplar de las poesías de José María Heredia, además de un conjunto de cartas privadas de don Bernardo al poeta Manuel José Othón.⁹ “Hemos entrado en su biblioteca y esto significa que el caballo ha sido desensillado”, dice Reyes, antes de calificar estéticamente las lecturas de su padre, como si intentara desplazarlo hacia su propia condición de letrado.¹⁰ El ennoblecimiento del padre, por medio de la memoria, es un recurso del duelo del escritor que busca atraer la figura del progenitor a su territorio y rebajarle los atributos militares y políticos que lo colocaban dentro de las élites porfiristas y, más incómodamente, dentro de la contrarrevolución antimaderista que llevó al poder a Victoriano Huerta en 1913.

Una vez localizado el padre en la biblioteca, el hijo, crítico literario, califica su estética como “romántica”.¹¹ Romántico, según Reyes, no era únicamente el gusto sino también el temperamento su padre. Lo mismo en sus lecturas de la *Cartilla moral militar* del Conde de la Cortina que en la de la *Historia de la humanidad* de César Cantú, que en su gestión como gobernador de Nuevo León o ministro de Guerra, Bernardo Reyes, según su hijo, fue un romántico. Y ese romanticismo lo llevó a la inmolación, a caballo, frente

⁸ Alfonso Reyes, “Oración del 9 de febrero”, en Javier Garcíadiego, *op. cit.*, p. 75.

⁹ *Ibid.*, p. 79.

¹⁰ *Idem.*

¹¹ *Idem.*

a la artillería que custodiaba el Palacio Nacional en febrero de 1913. Al final del texto, Reyes nos dice que el sitio que ocupó su padre aquel 9 de febrero, era el sitio del “poeta”, del “romántico”, del “Caballero Andante”.¹² Alguna vez, en conversación con el hijo, el padre había cuestionado la idea de Quevedo sobre la “hermandad entre las letras y las armas”, y el poeta y crítico Reyes interpretaba la muerte del militar y político como una inmolación poética.¹³

Reyes decía haber muerto aquel día de febrero de 1913: “aquí morí yo y volví a nacer, y el que quiera saber quién soy que lo pregunte a los hados de febrero. Todo lo que salga de mí, en bien o en mal, será imputable a ese día”.¹⁴ En una carta del mismo año, 1930, al escritor Martín Luis Guzmán, quien le reprochaba haber aceptado un puesto diplomático de parte del caudillo revolucionario Plutarco Elías Calles, dirá que con la muerte de su padre “quedó mutilado” y que a partir de entonces “un amargo escepticismo se apoderó de su ánimo para todo lo que viene de la política”.¹⁵ Otra vez, Reyes manipulaba el tópico de las letras y las armas, pero ahora para justificar su pertenencia a la clase política post-revolucionaria, aunque con el suficiente reflejo como para replicar al escritor Guzmán que no apoyara a José Vasconcelos durante su campaña presidencial y que, alguna vez, actuara como agente de Pancho Villa, a quien en “Oración del 9 de febrero” llama “cabecilla” y compara con Roque Guinart, el bandolero catalán que aparece en *Quijote* de Cervantes, y con Manuel Lozada, el Tigre de Állica, “mezcla también de hazañero y fascineroso”.¹⁶

¹² *Ibid.*, p. 84.

¹³ *Idem.*

¹⁴ *Idem.*

¹⁵ Alfonso Reyes, “Carta de Alfonso Reyes a Martín Luis Guzmán”, en Javier Garcíadiego, *op. cit.*, p. 87.

¹⁶ *Ibid.*, pp. 83 y 89.

La construcción intelectual de una idea de la historia en la obra de Alfonso Reyes tiene que ver con aquella experiencia del duelo, que marcó su personal asimilación del efecto articulador que la Revolución de 1910 tuvo sobre el devenir de México. Volveremos más adelante sobre este asunto, pero valga la advertencia, por ahora, de que esa construcción intelectual de una noción de lo histórico, que tuvo a su favor la erudita formación de Reyes en leyes y en letras, desde la época antigua hasta la moderna. Un primer indicio de la génesis del concepto de “historicidad” se lee en la *Historia natural das laranjeiras* (1936), que Reyes comenzó a escribir durante sus años como representante diplomático en Río de Janeiro, más o menos en la misma época de “Oración del 9 de febrero” y la carta a Martín Luis Guzmán. Ahí recordaba Reyes lo importante que había sido para la cultura universal el “animal cargado de historia” —sea “el ibis egipcio, la tórtola judía o hasta la paloma del Espíritu Santo, para sólo nombrar las aves”—, que colocaba el bestiario de los naturalistas en el origen del nacimiento de la historiografía moderna.¹⁷

Pero es en sus estudios atenienses donde Reyes se percató de algo que se volverá central en su obra de madurez: la pertenencia de la historia, al igual que la crítica, a los orígenes de la literatura antigua. En *La crítica en la edad ateniense* (1941) observaba que desde la era presocrática existía una historia literaria, empalmada con la crítica, que en buena medida era una historia natural de autores y obras, y que los propios historiadores presocráticos hicieron un aporte tan sustancial al nacimiento de la crítica profesional como el de los filósofos.¹⁸ No sólo eso, recordaba Reyes que historiadores como Cleotastro y Harpalo, mucho antes de Heródoto y Tucídides, escribían sus libros en verso. Con el

¹⁷ Alfonso Reyes, “Historia natural das laranjeiras”, en *Obras completas*, t. IX, México, FCE, 1996, p. 465.

¹⁸ Alfonso Reyes, “La crítica en la edad ateniense”, en *Obras completas*, t. XIII, México, FCE, 1997, pp. 71 y 74.

tiempo, anotaba Reyes, “la historia filtró la sustancia de la poesía”, ya que la necesidad de establecer la realidad de los hechos, sobre bases racionales, volvió a la historia “accesoriamente literaria”.¹⁹

La historia antigua, según Reyes, había surgido como una “logografía” o investigación escrita sobre los “logoi” o “dichos” sobre el pasado. El padre de la historia antigua no era Heródoto, como dirá luego en *Junta de sombras. Estudios helénicos* (1959): antes que él escribieron historia, especialmente en Jonia, Cadmo y Hecateo de Mileto, Ferécides de Leros, Xanto de Lidia, Carón de Lámpsaco, Helánico de Lesbos y tantos otros.²⁰ Esa historia antes de la historia fue borrada, en buena medida, por Heródoto y Tucídides, aunque Reyes admite una genealogía apretada que resume así: “la evolución de la prosa histórica se aprecia de Hecateo a Heródoto, de éste a Tucídides, de éste Jenofonte, tímida en Hecateo, gárrula y floja en Heródoto, justa en Tucídides, fácil en Jenofonte”.²¹ Adelantándose a Hayden White y otros defensores contemporáneos del narrativismo, Reyes leía a los historiadores antiguos como escritores: Heródoto le parece un novelista, bajo la influencia de Homero, Tucídides, un dramático, que reproduce la concepción trágica de Esquilo, y Jenofonte, un “memorialista y un biógrafo”, cuyo relato “tiene la continuidad con la naturaleza y es, como decía Cicerón, más dulce que la miel”.²²

De los tres grandes historiadores antiguos el preferido de Reyes es Jenofonte. Heródoto mezclaba “pedantería científica con aficiones de cuentista popular” y Tucídides “censuraba y ocultaba fuentes”, como las de los historiadores presocráticos jonios, o “sustituía pruebas documentales con

¹⁹ *Ibid.*, p. 74.

²⁰ Alfonso Reyes, “Junta de sombras”, en *Obras completas*, t. XVII, México, FCE, 2000, p. 326.

²¹ Alfonso Reyes, “La crítica en la edad ateniense”, en *ibid.*, p. 76.

²² *Idem.*

oraciones y discursos ficticios”.²³ Jenofonte de Atenas, el memorialista y biógrafo tenido por historiador menor, es el que más interesa a Reyes, en buena medida, porque es el que más se acerca a la apropiación del modelo de la historia natural de Aristóteles, Teofrasto y Plinio, que, a su juicio, fundaban la noción clásica de historicidad.²⁴ Este interés por las historias y los historiadores menores, que ya había adelantado en sus notas sobre los jonios olvidados, reapareció en un texto tardío, “Algo más sobre los historiadores alejandrinos”, que Reyes incluyó parcialmente en sus *Estudios helénicos* (1957).

Allí estudiaba a historiadores rarísimos de la época de Alejandro Magno como Éforo, Teopompo de Quíos y Timeo de Taormina, a quienes asociaba con la tradición epidíctica, pero también a los llamados “peripatéticos” y “diádocos”.²⁵ En toda esa historiografía menor, que colindaba con la propaganda, la divulgación, el exotismo o las meras cronologías, Reyes encontraba un archivo textual de enorme interés para reconstruir el proceso de tensión y diálogo entre literatura e historia en la antigüedad. La utilidad de esa arqueología para la comprensión de los prejuicios contra la historia de algunas corrientes de la literatura moderna, en los siglos XIX y XX, era evidente en el texto de Reyes. En un momento, hablando de esa “escuela epidíctica”, cuyo “pecado es cierta subordinación del criterio histórico al estético”, sostenía Reyes:

No, el verdadero pecado de la escuela epidíctica está en que sus manidos recursos retóricos no alcanzan al deseado éxito artístico, sino simplemente fatigan y son orillados, a fuerza de sermones, a convertir la historia en una filantrópica distribución de premios y castigos, olvidando todas las complejidades patéticas

²³ *Ibid.*, pp. 76-77.

²⁴ Alfonso Reyes, “Junta de sombras”, en *op. cit.*, p. 333.

²⁵ Alfonso Reyes, “Algo más sobre los historiadores alejandrinos”, en *Obras completas*, t. XVIII, México, FCE, 2000, pp. 369-396.

de la conducta, el valor de los actos en su choque con las circunstancias adversas, el aprovechamiento inteligente de las circunstancias propicias, o hasta el gracioso y bien inspirado abandono a las casualidades felices.²⁶

Tampoco aprueba Reyes la actitud contraria, es decir, la subordinación de lo estético a lo histórico, predominante en la historiografía académica. “Para ser artística —decía— la historia no necesita sacrificar un adarme de verdad”.²⁷ La “fealdad” no podía ser erigida en “método científico”, ya que “no es posible reconstruir el pasado del hombre, en toda su plenitud, si se carece de medios para evocar las épocas, pintar los personajes y montar las escenas”.²⁸ Y concluía Reyes con una fórmula, que bien podrían suscribir los defensores del narrativismo en la teoría contemporánea de la historia: “nunca tajar lápiz valdrá más que dibujar bien a lápiz, aunque esto último sea mucho más divertido y lo otro un tanto laborioso. Pues la virtud no es necesariamente molesta”.²⁹

El contacto con historiadores en la Casa de España y el Colegio de México, institución que dirigió en los años cuarenta y cincuenta, familiarizó a Reyes con una percepción de la disciplina como confluencia entre la investigación en fuentes documentales, el análisis, la interpretación o la hermenéutica y, finalmente, la buena escritura o el estilo. Todos esos componentes debía tener un buen libro de historia y Reyes supo reconocerlos en los historiadores o filósofos y sociólogos de la historia, que leyó en aquellos años, especialmente en las traducciones del Fondo de Cultura Económica, como se constata en su tratado *El deslinde*. Allí Reyes, de la mano de Arnold Toynbee, proponía una división tripartita del mundo del saber —y del saber sobre el mundo—

²⁶ *Ibid.*, p. 370.

²⁷ *Ibid.*, p. 369.

²⁸ *Idem.*

²⁹ *Ibid.*, p. 370.

que englobaba un orden histórico, relacionado con el pasado o el devenir, otro real estudiado por la ciencia y, finalmente, otro imaginario, representado a través de la literatura y las artes.³⁰

Como otras formas del saber, la historia tiene límites precisos, ya que no “recoge todas las relaciones humanas”, aunque lo pretenda. Deja fuera, por ejemplo, las relaciones “primitivas”, que Reyes siguiendo a James George Frazer en *La rama dorada*, sostiene que han pasado a ser objeto de estudio de la antropología.³¹ Si “por el orden antropológico —agrega Reyes— la historia colinda con la ciencia; por el biográfico, se desvanece en la literatura”.³² Se refiere, naturalmente, a las ciencias sociales como una frontera tanto de la literatura como de la historia, que considera dentro del espacio literario, pero también a un confín borroso que separa a la historia y la literatura que, volviendo a Jenofonte, localiza en la biografía, aunque bien podría extenderse a la memoria.

Así como las fronteras o los linderos se mantenían en una condición borrosa, las formas del saber se dejaban invadir unas por otras. La historia, por ejemplo, se “dejaba invadir por la antropología y demás ciencias, como la economía”, decía Reyes.³³ Pero además, ella misma invade la antropología y demás ciencias sociales, ya que sin una historización de las propias tradiciones epistemológicas de cada ciencia social o sin una contextualización de sus nexos con la realidad, difícilmente podría verificarse el avance del conocimiento científico. Esta idea de la “invasión” entre saberes, que coincide con algunas observaciones de Fernand Braudel, algunos años después, sobre los “préstamos” y los “diálogos” entre

³⁰ Alfonso Reyes, *El deslinde. Apuntes para la teoría literaria*, México, FCE, 1963, p. 83.

³¹ *Ibid.*, p. 87.

³² *Idem.*

³³ *Ibid.*, p. 88.

la historia y las ciencias humanas, es el punto de partida del análisis de Reyes sobre la biografía como zona de contacto entre la literatura y la historia.³⁴

Reyes afirma que la biografía es la principal contaminación de la historia por la literatura, pero ese presupuesto lo lleva a ponderar una de las teorías sociales que más a fondo impugnaba un papel decisivo del individuo en la historia: el materialismo histórico marxista. Es interesante reconsiderar la lectura de Marx y el marxismo de Reyes, frente a una tradición de estudios sobre el autor de *Visión de Anáhuac* que, por lo general, lo coloca a distancia de un campo referencial que nutría las ideologías de las izquierdas nacionalistas y socialistas radicales de su época. Los apuntes de Reyes sobre Marx, el marxismo o el leninismo —recordemos que Reyes fue, junto con Pedro Henríquez Ureña y Carlos Pereyra, uno de los primeros traductores de *El estado y la revolución* de Lenin al castellano— son una buena muestra de su idea de las ciencias sociales y, dentro de éstas, de la historia. Así, a propósito de la teoría materialista de la historia de Marx, dice que:

Ella opera un vuelco semejante al de la revolución copernicana, que trasladó el centro del diagrama desde la Tierra hasta el Sol. El individuo, antes agente omnímodo, pasa a ser un planeta más que gravita en torno a otro punto determinante. No es indispensable ser un materialista histórico para aceptar la necesidad de esta exégesis, que completa el entendimiento de los hechos sociales. Napoleón, héroe si los hay, deslumbra con su individualidad poderosa. Pero, al mismo tiempo, es un corpúsculo remecido en la cauda de la ruptura por los mercados.³⁵

³⁴ Fernand Braudel, *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza Editorial, 1968, pp. 175-176 y 179-182.

³⁵ Alfonso Reyes, *El deslinde*, pp. 88-89.

A pesar de esta ponderación, Reyes sigue pensando que el mayor acercamiento de la historia a la literatura se produce a través del género biográfico.³⁶ A veces la literatura, como en *Rojo y negro* de Stendhal o *Guerra y paz* de Tolstoi, es “historia complementada”.³⁷ Pero aun ahí la mayor conexión con lo histórico se da a través de lo que llama “toque biográfico de los héroes”.³⁸ Más allá de ese contacto estilístico entre historia y literatura, vía la biografía, hay una “historicidad” impresa en la lógica y en la retórica e, incluso, antes, en la razón y el conocimiento, que obliga a una permanente historización del discurso. Siempre que aparece una hipótesis, en el arte, la literatura, la filosofía o las ciencias sociales, hay “historicidad”.³⁹

La inserción de la historia en el drama o la novela, más allá de la modalidad específica de la novela o el drama históricos, es inevitable porque, según Reyes, “lo histórico nace prendido a la sustancia del hombre —este “gusano de cuatro dimensiones”, que decía Proust, recortado en tiempo y espacio— y muere con el hombre”.⁴⁰ De ahí que las preferencias historiográficas de Reyes se inclinaran por la historiografía universalista del XIX, al estilo de Leopold von Ranke y Jacob Burckhardt, por un lado, y por la morfología histórica a la manera de Oswald Spengler y Arnold Toynbee. Como Braudel o White, años después, Reyes atisbó desde muy temprano una conexión genealógica entre una y otra idea de la historia, que lo llevó a tomar distancia de las historias nacionales románticas, tipo Michelet o Tocqueville, y a la vez, de las corrientes socio-históricas, informadas por el positivismo a principios del siglo XX y personificadas en Alfred Weber.

³⁶ *Ibid.*, pp. 90-91.

³⁷ *Ibid.*, p. 95.

³⁸ *Ibid.*, p. 96.

³⁹ *Ibid.*, pp. 103-104.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 171.

No sería difícil comprobar que tres de los historiadores más admirados y citados por Reyes fueron el historiador suizo Jacob Burckhardt, cuyas *Reflexiones sobre la historia universal* (1943), traducidas por Wenceslao Roces, prologó para el Fondo de Cultura Económica, el alemán Oswald Spengler y, sobre todo, el británico Arnold Toynbee, a quien confesó envidiar. En los tres admiraba tanto la escritura de un relato de la historia universal como un descreimiento en la lógica ascendente del progreso, de raíz contrailustrada, que va de Vico a Nietzsche, pero que en Toynbee estaba lo suficientemente atenuado como para refutar el tópico manoseado de la “decadencia de Occidente”.⁴¹ Aunque simpatizaba conceptualmente con el sistema de Toynbee, en buena medida por las implicaciones racistas del enfoque civilizatorio de los primeros, Reyes no ocultó que consideraba a Burckhardt y a Spengler mejores escritores históricos.

Esta dimensión estética de la lectura, irreductible en un ensayista como Reyes, unida a la divergencia conceptual con la sociología de la historia, lo llevó a cuestionar la popular *Historia de la cultura* (1941), de Alfred Weber, traducida por Luis Recaséns Siches para el Fondo de Cultura Económica.⁴² Como Burckhardt o Spengler, Weber entendía la historia como un proceso de nacimiento, apogeo y decadencia de un conjunto de culturas o civilizaciones, las que clasificaba con términos que no eran del agrado de Reyes como “altas culturas primarias”, “culturas secundarias de primer grado” o “culturas secundarias de segundo grado”, en las que, por cierto, ubicaba al mundo occidental hasta 1500.⁴³ Lo que más objetaba Reyes no era esa clasificación, sino el concepto estrictamente sociológico de cultura de Weber y su “matematización” de las ciencias sociales que veía, en ciernes,

⁴¹ Alfonso Reyes, *Obras completas*, t. XII, México, FCE, 1960, pp. 100-101 y 127-129; Alfonso Reyes, *Obras completas*, t. XXI, México, FCE, 1981, pp. 235-243.

⁴² Alfonso Reyes, *El deslinde*, p. 162.

⁴³ Alfred Weber, *Historia de la cultura*, México, FCE, 1941, pp. 199-211.

en el *Tratado teológico-filosófico* de Spinoza y, luego, en la sociología formal de George Simmel.⁴⁴

La idea de la historia de Alfonso Reyes, formada en la lectura de algunos de los mayores historiadores occidentales de fines del siglo XIX y principios del XX, nunca puso en duda la pertenencia de la historiografía al arte literario o específicamente ensayístico ni la consustancial inscripción de ese género en las ciencias sociales. Despojada de su acento racista o eugenésico, la teoría de la historia que entendía como sujeto fundamental a las civilizaciones y las culturas, y no tanto a las naciones y los estados, tenía a su entender mayores posibilidades de dar cuenta de la experiencia contradictoria del devenir humano, entre la antigüedad y la era moderna.

En esa preferencia conceptual de Reyes no sólo pesó su familiaridad con los historiadores del siglo XIX, que conoció en buena medida a través del ensayo de G. P. Gooch, *Historia e historiadores en el siglo XIX* (1942), que tradujeron los republicanos españoles Ernestina Champourcin y Ramón Iglesia para el Fondo de Cultura Económica, sino su conocimiento de la historia de la historiografía mexicana, especialmente durante la que llamó “era crítica” del siglo XVIII, bajo la dinastía borbónica que reinó en la Nueva España.⁴⁵ En ese siglo, de la mano de los jesuitas neoclásicos, Francisco Xavier Clavijero, Francisco Xavier Alegre y Andrés Cavo, y de los barrocos Mariano Fernández de Echeverría y Veytia y Lorenzo Boturini Benaducci, surge la historia novohispana, en buena medida como respuesta a las visiones prejuiciadas sobre el pasado indígena y la cultura criolla en la historia natural ilustrada, al estilo de Paw, Buffon, Raynal y Robertson.⁴⁶

⁴⁴ Alfonso Reyes, *op. cit.*, p. 330.

⁴⁵ Alfonso Reyes, *Obras completas*, t. XII, p. 375.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 383.

Siguiendo al historiador cubano Julio Le Riverend, que estudió en El Colegio de México en los 40, Reyes destaca en Boturini una visión naturalista y costumbrista que adelantaba el formato de las guías de viajeros Baedeker y, a la vez, un traslado de las tres edades de Vico, la de los dioses, la de los héroes y la de los hombres, a la historia de la Nueva España.⁴⁷ A la vez, distinguía un estilo “versallesco” en la manera en que Echeverría y Veytia relataba el pasado mexica como una sucesión de dinastías, hazañas y leyendas, vidas y muertes de príncipes y reyes.⁴⁸ Luego de esa historiografía ilustrada, en el siglo XVIII, la escritura de la historia en México iniciaba una trayectoria que en la primera mitad del siglo XIX se asentaría en la obra de Mier, Bustamante, Mora y Alamán, y, en la segunda, con los primeros historiadores modernos de la República Restaurada y el Porfiriato: Altamirano, Prieto, Bulnes, Riva Palacio, Sierra. La idea de la historia de Alfonso Reyes contenía un relato de la historiografía mexicana moderna.

LA REVOLUCIÓN SIN PRECURSORES

Decíamos que Alfonso Reyes, hijo de un líder contrarrevolucionario al que en su duelo intentó presentar como héroe romántico, llegó a convertirse en uno de los letrados emblemáticos del México de la Revolución institucionalizada. Esa voltereta de la historia produjo en la obra de Reyes una manera específica de pensar el fenómeno revolucionario mexicano, informada por la gran historiografía cultural de su época. La lectura de Burckhardt, Spengler, Weber y Toynbee fue central en el desarrollo de una visión de la experiencia revolucionaria en Europa, Estados Unidos, Rusia y

⁴⁷ *Idem.*

⁴⁸ *Idem.*

México, que tomó forma ensayística en algunos de los textos fundamentales de Reyes sobre su país y América Latina.

Los reparos de Reyes al sociologismo de Weber o a las derivaciones racistas de la obra de Spengler, fueron tan evidentes como su simpatía por una historia universalista y centrada en la cultura o las civilizaciones como sujeto.⁴⁹ En esa tradición historiográfica las revoluciones modernas de los siglos XVII, XVIII y XIX formaban parte de una trama mayor, relacionada con ciclos evolutivos de larga duración. Para Burckhardt, por ejemplo, las revoluciones, más que nacimientos o génesis de visiones modernas de la sociedad o el Estado, eran manifestaciones de la crisis del orden social.⁵⁰ Como fenómenos históricos, las revoluciones no fueron más decisivas que las expediciones atenienses o las cruzadas, que fueron épocas de excitación esperanzadora.⁵¹

Entre las revoluciones, la inglesa del siglo XVII y la norteamericana del XVIII, fueron las más profundas porque, al decir de Burckhardt, poseyeron “menos elementos de fantasía” y “no pusieron en tela de juicio ni por un momento la vida social vigente”.⁵² El pesimismo puritano contribuyó a esa contención de “imágenes esplendorosas” y ya para 1644 la revolución inglesa se había incorporado al cauce jurídico de la monarquía parlamentaria y Cromwell, el “Napoleón de los ingleses”, jugó un papel decisivo para “ahorrarle a la nación inglesa años como los de 1793 y 1794”.⁵³ En Francia, sin embargo, la revolución pareció poner a prueba “toda la capacidad de esperanza de la naturaleza humana”. Aquellos

⁴⁹ Alfonso Reyes, *Obras completas*, t. XI, México, FCE, 1960, pp. 169, 197, 222.

⁵⁰ Jacob Burckhardt, *Reflexiones sobre la historia universal*, México, FCE, 1961, p. 226.

⁵¹ *Idem.*

⁵² *Idem.*

⁵³ *Ibid.*, p. 227.

días de “fiestas y banderas” serían la “luna de miel a la que seguirán días grises y amargos”.⁵⁴

Esta idea conservadora de la revolución en la historia, que pondera la virtud del cambio mientras más se acerca al ritmo evolutivo de la vida, llevó a Burckhardt a hacer elogios de la monarquía parlamentaria británica y a cuestionar el papel de la utopía adánica francesa, que a principios del siglo XX sería renovada por la Revolución Bolchevique en Rusia. Las “grandes asambleas nacionales, remataba Burckhardt, eran los palenques oficiales de las crisis”.⁵⁵ Pero, además, suelen envejecer rápidamente, como se comprobó con la caída de Napoleón en 1815. La teoría de la historia de Burckhardt restaba importancia a las revoluciones como motores de la historia, en buena medida, porque su punto de partida eran las que llamaba “tres potencias” del movimiento histórico universal: el estado, la religión y la cultura.⁵⁶ Para un experto en el Renacimiento italiano, como Burckhardt, la potencia fundamental era, desde luego, la tercera.

El peso de la obra de Burckhardt en Reyes es notable en muchos textos, más allá del elogioso prólogo que le dedicó a la edición de las *Reflexiones* en el Fondo de Cultura Económica. De hecho no es improbable que a partir de la lectura de historiadores culturales decimonónicos como Burckhardt y antes del primer contacto con *La decadencia de Occidente* (1923) de Oswald Spengler, Reyes llegara a algunas ideas sobre la cultura y las civilizaciones mexicanas, plasmadas en *Visión de Anáhuac* (1915), que anteceden la obra del gran historiador alemán. La distinción entre cultura y civilización y la comprensión de ambas dentro del proceso secular de dominio de la naturaleza aparecen en Reyes antes de la lectura de Spengler. Purgada de su morfologismo y

⁵⁴ *Idem.*

⁵⁵ *Idem.*

⁵⁶ *Ibid.*, p. 43.

de su vehemente llamado a la *skepsis*, la teoría de Spengler atrajo poderosamente a Reyes, por lo mucho que debía a Goethe y a Nietzsche, pero también por su propuesta de poner límites a la arrogancia y el absolutismo occidentalistas, desde una idea de decadencia que era, a la vez, esplendor y ocaso.⁵⁷

El texto de Spengler en los años de entreguerras produjo una recepción ambivalente en intelectuales hispanoamericanos de la generación de Reyes. Así como el relativismo de la tesis central de *La decadencia de Occidente* (1923) enviaba mensajes alentadores a quienes, como el propio Reyes, estaban interesados en articular un discurso de la identidad nacional y continental desde América Latina, por otro lado, la insistencia en que la última forma civilizatoria occidental, ya en decadencia, se experimentaba en un pequeño grupo de países europeos como Francia y Gran Bretaña, seguidas de cerca por Alemania, como potencia universal naciente, era problemática.⁵⁸

Spengler escribió frases de celebración de las culturas maya y azteca. A su entender, la Europa del Renacimiento correspondía al desarrollo alcanzado por los mayas en el año 700 y la organización de los aztecas hacia 1519, cuando la llegada de Cortés, era un “futuro remoto” para Occidente en los años posteriores a la Primera Guerra Mundial, cuando escribía su gran obra.⁵⁹ Pero, como Burckhardt, Spengler pensaba que las revoluciones modernas eran acontecimientos menores en el tránsito de la cultura a la civilización en Occidente. Las “frondas” aristocráticas contra el absolutismo monárquico, en el siglo XVII, que veía como fenómenos transhistóricos con manifestaciones en el mundo antiguo, el

⁵⁷ Oswald Spengler, *La decadencia de Occidente. Bosquejo de una morfología de la historia universal*, t. I, Madrid, Espasa Calpe, 1966, pp. 9-27.

⁵⁸ *Idem.*

⁵⁹ Oswald Spengler, *La decadencia de Occidente*, t. II, Buenos Aires, Planeta-Agostini, 1993, pp. 60-62.

medieval o el moderno, le parecían más decisivas que las revoluciones del siglo siguiente, que desembocaban en las tiranías populares y en los cesarismos napoleónicos.⁶⁰

El interés de Spengler por las civilizaciones antiguas y no estrictamente las occidentales (Egipto, Grecia, Babilonia, China...), sin excluir, por supuesto, a México, le ganó las simpatías de Reyes. Sin embargo, el mexicano declaró preferir el método de su discípulo, el historiador británico Arnold Toynbee, a quien no consideraba mejor historiador ni mejor escritor. La simpatía de Reyes por el método de Toynbee, expuesta en las primeras páginas de *El deslinde*, tiene que ver con el papel que el británico dio a la génesis sobre la decadencia o “desintegración” de las civilizaciones, pero también a la importancia que siempre concedió a las “transiciones” y al diálogo y el contacto entre una y otra. Toynbee no sólo estudió a China, Grecia y la cultura hebrea sino que dedicó páginas brillantes al “encuentro” entre el Occidente moderno, Rusia, el Medio Oriente y el Oriente extremo y al roce cultural entre leyes, instituciones, filosofías, literaturas, artes y religiones.⁶¹

Spengler y Toynbee heredaban de Burckhardt una subestimación del fenómeno revolucionario que dejó huella en Reyes, cuyo duelo lo inclinaba a pensarse como una víctima o mutilado de la Revolución Mexicana. La versión extrema de esa tradición la aportaría Alfred Weber en su *Historia de la cultura* (1935), ya citada. Allí se sostenía que las revoluciones modernas de Francia y Estados Unidos a fines del siglo XVIII no fueron burguesas y que, en buena medida, se

⁶⁰ *Ibid.*, pp. 450-464.

⁶¹ Arnold Toynbee, *A Study of History*, New York, Portland House, 1988, pp. 48-51, 401-422 y 445-476. Reyes llegó a conocer personalmente a Toynbee durante el viaje de éste a México en abril de 1953, invitado por Leopoldo Zea y los filósofos del grupo Hiperión. En su *Diario* anotó: “este hombre cumplió ayer 64 años, que yo cumplo dentro de un mes, y está mucho más viejo que yo, y algo senil”, Alfonso Reyes, *Diario. 1951-1959*, México, FCE, 2015, pp. 152-153.

basaron en una secularización de la teología liberal de John Locke y la Reforma, dando como resultado una perversión de la doctrina de los derechos naturales del hombre por medio del Terror jacobino y el republicanismo pagano.⁶² Según Weber la más contundente reacción contra esas revoluciones no provino del conservadurismo o la Iglesia católica, como pensaron muchos, sino de una “revolución de la vida” generada por el capitalismo industrial que, para fines del siglo XIX, había producido una sociedad de masas que colocaba al “Occidente mundial en una era estática”.⁶³

Sin llegar a la abjuración del evento revolucionario, Alfonso Reyes abrió su discurso a un enfoque histórico deudor de la escuela morfológica occidental de la primera mitad del siglo XX. Ya en *Visión de Anáhuac* (1915), Reyes encapsulaba el pasado de México en un ciclo largo que iba de la “desección del valle el año de 1449 hasta el año 1900”.⁶⁴ En un lenguaje muy similar al de Burckhardt y Ranke, Reyes sostenía que en esos cinco siglos, “tres razas y casi tres civilizaciones” (la indígena, la española y la criolla), habían producido “tres organismos”, el imperio mexica, el virreinato de la Nueva España y la República liberal, especialmente, su periodo porfirista: “poco hay de común entre el organismo virreinal y la prodigiosa ficción política que nos dio treinta años de paz augusta”.⁶⁵ “Tres regímenes monárquicos —agrega— divididos por paréntesis de anarquía”, con lo cual quedaba descartada cualquier alusión positiva a aquella “paz augusta” del Porfiriato. Y concluye: “de Netzahualcoyotl al segundo Luis de Velasco, y de éste a Porfirio Díaz, parece correr la consigna de secar la tierra”.⁶⁶

⁶² Alfred Weber, *op. cit.*, pp. 308-310.

⁶³ *Ibid.*, p. 342.

⁶⁴ Alfonso Reyes, *Visión de Anáhuac y otros ensayos*, México, FCE, 2004, p. 13.

⁶⁵ *Idem.*

⁶⁶ *Idem.*

Años después, en “Mi idea de la historia”, remitirá a esta idea de la civilización como convivencia con el paisaje, precisamente, a Toynbee: “y Toynbee opone a la teoría pasiva y paradisíaca la teoría rebelde..., en que ya Egipto no es un fértil acarreo del Nilo, sino que se hace contra el Nilo y se edifica por la acción de la mano”.⁶⁷ Una misma epopeya de dominio de la naturaleza atraviesa todo el proceso civilizatorio mexicano, desde los años previos a la llegada de Hernán Cortés a Veracruz y el estallido de la Revolución. Un poco más adelante, en el mismo ensayo, reitera Reyes la idea, buscando salvar la continuidad del pasado mexicano, en medio de esas tres fracturas de larga duración y muchas otras más, en el mediano o corto tiempo:

Cualquiera que sea la doctrina histórica que se profese (y no soy de los que sueñan en perpetuaciones absurdas de la tradición indígena, y ni siquiera fío demasiado en perpetuaciones de la española), nos une con la raza de ayer, sin hablar de sangres, la comunidad del esfuerzo por domeñar nuestra naturaleza brava y fogosa; esfuerzo que es la base bruta de la historia. El choque de la sensibilidad con el mismo mundo labra, engendra un alma común. Pero cuando no se aceptara lo uno ni lo otro —ni la obra de la acción común, ni la obra de la contemplación común—, convéngase en que la emoción histórica es parte de la vida actual, y, sin su fulgor, nuestros valles y nuestras montañas serían como un teatro sin luz.⁶⁸

¿Quiénes son los héroes de la historia nacional mexicana, según Reyes? Además de Cortés, Hidalgo, Morelos, Juárez, Díaz, Madero y Carranza, como veremos, dos intelectuales que, a su juicio, producen ideas de transición entre un periodo y otro, en el mismo sentido de las culturas transicionales de Toynbee. Intelectuales bisagra, como Fray Servando

⁶⁷ Alfonso Reyes, “Mi idea de la historia”, en Javier Garcíadiego, *op. cit.*, p. 720.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 37.

Teresa de Mier, que salva la continuidad entre el imperio mexica y la Nueva España, al predicar que la imagen de la Virgen de Guadalupe no estaba pintada en la manta del indio Juan Diego sino en la túnica de Santo Tomás, que había divulgado el culto mariano antes de la conquista española, bajo la forma de Quetzalcóatl.⁶⁹ Pero también Justo Sierra, el creador de la noción de “historia patria” en México, que salva la continuidad entre el antiguo régimen porfirista y la Revolución, al colocar lo histórico en el centro de la pedagogía cívica.⁷⁰

Es interesante observar que en ese texto de Reyes, que sirvió de prólogo a la reedición de *Evolución política del pueblo mexicano* de Sierra, en 1940, por la Casa de España, el modelo historiográfico con el que se emparenta la obra de Sierra no es el positivista sino el liberal romántico tipo Tocqueville, Renan e, incluso Víctor Hugo.⁷¹ Buscaba Reyes enfatizar, una vez más, el hilo conductor de la historia de México desde una perspectiva civilizatoria en la que el Porfiriato ocupara un lugar de tránsito hacia la Revolución más que un antiguo régimen despótico que debía ser destruido y negado. En un texto anterior, el breve ensayito “México en una nuez” (1930), leído en el teatro Rivadavia de Buenos Aires, Reyes reescribía la historia de México en veinte páginas, trazando un arco tan ágil como ingenioso y lírico, en el que la cocina sin sal de los tlaxcaltecas, las intrigas y ardidés de la “gran mente política” de Hernán Cortés o la censura de la “pasión” contra Juárez se juntan para dar sentido a cinco siglos de historia.⁷²

⁶⁹ *Ibid.*, p. 44.

⁷⁰ Alfonso Reyes, “Justo Sierra y la historia patria”, en *México*, compilación y prólogo de Carlos Monsiváis, México, Tecnológico de Monterrey-FCE, 2013, pp. 175-197.

⁷¹ *Ibid.*, p. 184.

⁷² Alfonso Reyes, “México en una nuez”, en *México*, pp. 103 y 116.

Quien relea con cuidado el texto, observará que las figuras centrales de la historia nacional son, como decíamos, Cortés, Hidalgo, Morelos, Juárez, Díaz, Madero y Carranza. Las epopeyas centrales de la historia patria, según Reyes, son la Independencia y la Reforma. Son ellas las que acogen la conceptualización de lo revolucionario en la historia moderna de México. Entre una y otra se dio el salto abismal de una sociedad estamental de la Edad Media a una república liberal moderna, aunque llena de simulaciones y *aggiornamentos* con el antiguo régimen que produjeron distintas formas de despotismo, entre ellas, el caudillismo militar. Pero una vez más, el gesto de Reyes de salvar el lugar del Porfiriato y el propio legado de Díaz se hace visible: don Porfirio, dice, es un “ejemplo magno y asombroso si los hay, porque era hombre de talla gigantesca”.⁷³ Cuando elogia a Díaz, sin ocultar su autoritarismo, cuando silencia a Zapata y a Villa, y habla de una “verdadera Revolución que marcha de Norte a Sur con Madero” o exalta el curso constitucional propuesto por los carrancistas, en la escritura de Reyes habla el duelo.⁷⁴

En “México en una nuez” (1915) leemos una primera muestra de este letrado, hijo de la Contrarrevolución, que logra el milagro de hablar en nombre de la Revolución misma. Mucho más clara se verá esa operación intelectual en el ensayo “Pasado inmediato” (1939), la ya citada conferencia en la conmemoración del Primer Congreso Nacional de Estudiantes de 1910. Allí Reyes, quien ha regresado a México después de una larga estancia en España, Brasil y Argentina, primero como exiliado político y luego diplomático de la Revolución en el poder, recobrará otro reflejo de la historiografía universalista europea, que leía desde su juventud, con la afirmación de que el pasado inmediato representa un

⁷³ *Ibid.*, p. 123.

⁷⁴ *Ibid.*, pp. 123-127.

“problema” para el historiador por su cercanía temporal o su proximidad con la experiencia. El pasado inmediato, dice Reyes, es “el enemigo”.⁷⁵

¿Qué es lo inmediato del pasado mexicano para Reyes? Ni más ni menos lo que ha sucedido treinta años atrás: 1910, el Congreso de Estudiantes, el Centenario de la Independencia y el estallido de la Revolución. Otra vez, el duelo reaparecía pero adoptando formas más sutiles que en textos previos como *Visión de Anáhuac* (1915) o “México en una nuez” (1930). Aunque se regodea en términos como “antiguo régimen” o “Porfiriato” o vuelve al tópico del “caudillo de la paz” y la “Paz Augusta” o compara al México finisecular con monarquías europeas como las de Victoria, Francisco José o Nicolás, no escatima las expresiones de “dictadura” o “dictador” para referirse al prolongado gobierno de Díaz.⁷⁶ Pero a pesar de ese posicionamiento, que debió calcular muy bien desde su gestión de diplomático cardenista y flamante presidente de la Casa de España, Reyes vuelve a evitar referirse, nuevamente, a Zapata y a Villa, y libera el duelo por medio de un juicio que a partir de entonces reiterarán muchos, hasta la generación de Octavio Paz: la idea de la Revolución Mexicana como fenómeno sin precursores intelectuales ni ideología definida:

Porque es cierto que la Revolución Mexicana brotó de un impulso más que de una idea. No fue planeada. No es la aplicación de un cuadro de principios, sino un crecimiento natural. Los programas previos quedan ahogados en un torrente y nunca pudieron gobernarla. Se fue esclareciendo sola conforme andaba; y conforme andaba, iba descubriendo sus razones cada vez más profundas y extensas y definiendo sus metas cada vez más precisas. No fue preparada por enciclopedistas y filósofos, más o menos conscientes de las consecuencias de su doctrina,

⁷⁵ Alfonso Reyes, *Obras completas*, t. XII, p. 182.

⁷⁶ *Ibid.*, p. 183.

como la Revolución Francesa. No fue organizada por los dialécticos de la guerra social, como la Revolución Rusa, en torno a las mesas de “La Rotonde”, ese café de París que era encrucijada de naciones. Ni siquiera había sido esbozada con la lucidez de nuestra Reforma liberal, ni, como aquella, traía su código defendido por una cohorte de plumas y de espadas. No: imperaba en ella la circunstancia y no se columbraban los fines últimos.⁷⁷

No veía Reyes como precursores de la Revolución Mexicana, a todos los políticos agraristas, nacionalistas, liberales, anarquistas o socialistas (los hermanos Flores Magón, Wislano Luis Orozco, Filomeno Mata, Andrés Molina Enríquez, Emilio Rabasa...) que adelantaron algunos de las postulados centrales de la Constitución de 1917, o a los que como José Vasconcelos, Manuel Gamio, Luis Cabrera o Vicente Lombardo Toledano fueron ideólogos en acción. Como ha observado Álvaro Matute, el tópico de una Revolución sin precursores comenzaría a ser refutado por una historiografía revisionista que desde los años sesenta, con estudios de Moisés González Navarro, James D. Cockroft, Arnaldo Córdova y otros, a los que siguieron los textos definitivos sobre Zapata, Villa y la Revolución maderista de John Womack, Friedrich Katz y François-Xavier Guerra, que rastrearon los orígenes ideológicos de la Revolución en las fracturas sociales y políticas del antiguo régimen.⁷⁸

Una lectura precisa del ensayo revela que cuando Reyes se refiere a la Revolución piensa estrictamente en el maderismo, retomado a su entender por el carrancismo, no en el zapatismo, el villismo o, siquiera, en la Constitución del 17. Aunque sin llegar a los excesos de Vasconcelos, su apelación a los tópicos de la “incultura” y el salvajismo de Villa y

⁷⁷ *Ibid.*, p. 185.

⁷⁸ Álvaro Matute, “Orígenes del revisionismo historiográfico de la Revolución Mexicana”, *Signos Históricos*, II, núm. 3 (junio de 2000), pp. 29-48. Ver también, Luis Barrón, *Historia de la Revolución Mexicana*, México, CIDE-FCE, 2004, pp. 27-41.

Zapata y su recurrente asociación de éstos con el arquetipo del bandido, el Roque Guinart de Cervantes, lo conectan con las tesis predominantes de la derecha mexicana de los años treinta y cuarenta sobre la Revolución Mexicana.⁷⁹ No advertir prolegómenos ideológicos al movimiento maderista, como refutaría *a posteriori* François-Xavier Guerra en su estudio sobre las querellas políticas del Porfiriato tardío, denotaba los límites del conocimiento de Reyes sobre el periodo, tanto como la estrecha noción de “ideología” como un asunto exclusivo de la “inteligencia”, los “intelectuales” o las élites letradas.⁸⁰ No había lugar para las ideologías populares en un proyecto ensayístico como el de Reyes, encaminado a lograr una “consagración del escritor” como “sacerdote laico”, similar a la estudiada por Paul Bénichou para la Francia de la Restauración, pero en el México de la Revolución institucionalizada.⁸¹

La idea de una Revolución sin precursores era, para Reyes, otra versión de la idea de Revolución sin ideología, que unos años después formulará Jean-Paul Sartre a propósito de la Revolución Cubana. Por eso sostenía el mexicano que la Revolución de 1910 había “nacido casi ciega como los niños y, como los niños, después fue despegando los párpados”.⁸² El argumento, con resonancias del enunciado eurocéntrico de las naciones primitivas o bárbaras, le servía al letrado postrevolucionario para sostener un divorcio inicial entre Revolución y alta cultura o entre guerra y política, por un lado, e intelectualidad y conciencia, por el otro, que a partir de los años veinte y, sobre todo, de los treinta, comienza a corregirse. Según Reyes, “la inteligencia no pro-

⁷⁹ Alfonso Reyes, *Obras completas*, t. IX, p. 107.

⁸⁰ François-Xavier Guerra, *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*, México, FCE, 1988, pp. 55-75 y 120-143.

⁸¹ Paul Bénichou, *La coronación del escritor: 1750-1830*, México, FCE, 2006, pp. 59-73.

⁸² Alfonso Reyes, *op. cit.*, p. 186.

duce” la Revolución sino que la “acompaña” y la “padece, mientras llega el día en que la ilumina”.⁸³

El proceso está descrito en *Pasado inmediato* (1939) con la precisión de una teleología. Desde los años de la Escuela Nacional Preparatoria y la prédica positivista de Gabino Barrera y Justo Sierra se iniciaba un renacimiento de la conciencia nacional mexicana que siguió un curso relativamente autónomo y, en ocasiones, discordante y tenso con la propia Revolución, a través de la revista *Savia Moderna*, la Sociedad de Conferencias, el Ateneo de la Juventud, el magisterio de Antonio Caso y Pedro Henríquez Ureña, el Centenario de la Independencia, la Escuela de Derecho, la nueva Universidad Nacional, la Universidad Popular y, finalmente, la cruzada educativa de José Vasconcelos y la labor diplomática de Genaro Estrada, a quien había dedicado un sentido obituario en 1937.⁸⁴ El desenlace de la teleología quedaba implícito: el momento final de la “iluminación” de la inteligencia era el México cardenista y postcardenista, con proyectos como la Casa de España y el Fondo de Cultura Económica.

La hora de la “iluminación” intelectual de la Revolución era, para Reyes, el periodo posterior a la Revolución misma: el México post-revolucionario que arrancaba con Lázaro Cárdenas y se adentraba en los años 40 y 50. Esa idea de la Revolución, que en buena medida se colocaba en las antípodas de otras visiones del fenómeno revolucionario, como las de José Vasconcelos y Luis Cabrera, críticos del México callista y cardenista, pero que también entraba en contradicción con letrados hegemónicos del mismo periodo de Reyes, como Daniel Cosío Villegas y Jesús Silva Herzog, tenía como trasfondo el duelo. Y no sólo el duelo: el concepto desmitificado de Revolución en Reyes tenía que ver con una

⁸³ *Idem.*

⁸⁴ *Ibid.*, pp. 175-181 y 206-216.

imagen de larga duración de la historia de México, formada en la lectura de los grandes historiadores europeos y británicos, y con una inserción de la experiencia mexicana en su entorno americano, poco común entre sus contemporáneos.

Sus estancias en Brasil y Argentina y sus viajes a Estados Unidos, Cuba y Puerto Rico otorgaron a Alfonso Reyes una acendrada perspectiva americana de la historia de México. La trama nacional de México reproducía pautas similares a las de las otras naciones del continente desde la llegada de Colón, personaje central de su *Última Tule* (1941), que en muchos de sus contemporáneos mexicanos se desdibujada frente a la imponente presencia de Cortés.⁸⁵ En sus escritos americanos Reyes citaba con frecuencia la metáfora del “Ariel” de José Enrique Rodó o el ideal de la “raza cósmica” de José Vasconcelos.⁸⁶ Pero su perspectiva hemisférica, que incluía a Estados Unidos dentro de la promesa del Nuevo Mundo, tenía mayores contactos con la tradición intelectual americanista de Simón Bolívar y José Martí, Domingo Faustino Sarmiento y José Lezama Lima, Waldo Frank y Richard Morse.

El diálogo entre historia y literatura y, específicamente, dentro de ésta, el ensayo, en Alfonso Reyes, cobra sentido como una superposición de saberes en la que naciones y estados, culturas y civilizaciones interrogan sus fronteras por medio del contacto con el otro. Contacto entre historia y literatura o entre nación y mundo que el joven Reyes probablemente atisbó en la *Pequeña historia de Inglaterra* de G. K. Chesterton, a quien tradujo para la editorial Calleja de Madrid, en 1921, y quien, a su juicio, “asaltaba la historia o, mejor dicho, entraba por la ventana en el gabinete de la historia”.⁸⁷ A diferencia de historiadores profesionales

⁸⁵ Alfonso Reyes, *Obras completas*, t. XI, pp. 35-46.

⁸⁶ *Ibid.*, pp. 86-89.

⁸⁷ Alfonso Reyes, *Obras completas*, t. XII, p. 51.

como Green, Freeman o Pollard, no se debatía Chesterton en dilucidar el origen druida, celta o danés de los sajones originarios: prefería deleitarse en confrontar a la Inglaterra puritana con su otro fundacional: la Europa mediterránea, católica y latina.⁸⁸

Esa ventana por la que Chesterton entraba al gabinete de la historia era la literatura, desde luego, pero una literatura que, como en Reyes, era capaz de recorrer y documentar buena parte del archivo de la historiografía moderna de Inglaterra. La experiencia de la Revolución Mexicana, desde la condición de hijo de mártir contrarrevolucionario y exiliado del antiguo régimen, cumplió un papel nada desdeñable en esa idea dialógica de la cultura donde se encuentran lo literario y lo histórico. Si la Revolución Mexicana, como pensaba Octavio Paz, hacía emerger todo el pasado mexicano, Reyes, desde la singular periferia que le aseguraba el duelo, pudo vislumbrar aquella integración y su reverso.

BIBLIOGRAFÍA

- BALDERSTON, DANIEL, *Out of Context. Historical Reference and the Representation of Reality in Borges*, Duke University Press, 1993.
- BARRÓN, LUIS, *Historia de la Revolución Mexicana*, México, CIDE-FCE, 2004.
- BÉNICHOU, PAUL, *La coronación del escritor. 1750-1830*, México, FCE, 2006.
- BRAUDEL, FERNAND, *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza Editorial, 1968.
- BURCKHARDT, JACOB, *Reflexiones sobre la historia universal*, México, FCE, 1961.

⁸⁸ *Ibid.*, pp. 50-53.

- GARCIADIEGO, JAVIER, ed., *Alfonso Reyes, "un hijo menor de la palabra"*. *Antología*, México, FCE, 2015.
- GINZBURG, CARLO, *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio*, (1ª ed. en italiano 2000), trad. de Luciano Padilla López, México, FCE, 2010.
- GUERRA, FRANÇOIS-XAVIER, *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*, México, FCE, 1988.
- KRACAUER, SIGFRIED, *Historia. Las últimas cosas antes de las últimas*, Buenos Aires, Las Cuarenta, 2010.
- MATUTE, ÁLVARO, "Orígenes del revisionismo historiográfico de la Revolución Mexicana", *Signos Históricos*, II, núm. 3 (junio de 2000), pp. 29-48.
- RANGEL GUERRA, ALFONSO, "Alfonso Reyes y su idea de la historia", *Revista Universidad* (Monterrey), núm. 14-15 (1957), pp. 31-43.
- REYES, ALFONSO, *El deslinde. Apuntes para la teoría literaria*, México, FCE, 1963.
- _____, *Obras completas*, t. XI, México, FCE, 1960.
- _____, *Obras completas*, t. XII, México, FCE, 1960.
- _____, *Obras completas*, t. XXI, México, FCE, 1981.
- _____, *Obras completas*, t. IX, México, FCE, 1996.
- _____, *Obras completas*, t. XIII, México, FCE, 1997.
- _____, *Obras completas*, t. XVII, México, FCE, 2000.
- _____, *Obras completas*, t. XVIII, México, FCE, 2000.
- _____, *Visión de Anáhuac y otros ensayos*, México, FCE, 2004.
- _____, *México*, compilación y prólogo de Carlos Monsiváis, México, ITESM-FCE, 2013.
- _____, *Diario. 1951-1959*, México, FCE, 2015.
- SPENGLER, OSWALD, *La decadencia de Occidente. Bosquejo de una morfología de la historia universal*, t. I, Madrid, Espasa Calpe, 1966.
- _____, *La decadencia de Occidente*, t. II, Buenos Aires, Planeta-Agostini, 1993.
- TOYNBEE, ARNOLD, *A Study of History*, New York, Portland House, 1988.

- UGALDE QUINTANA, SERGIO, *La biblioteca en la isla. Una lectura de "La expresión americana"*, Madrid, Colibrí, 2011.
- WEBER, ALFRED, *Historia de la cultura*, México, FCE, 1941.
- ZAVALA, JUAN ROBERTO, *La Historia en Alfonso Reyes*, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León, 1978.